



En México se dice: difama, que algo queda. Hemos sido testigos de la intensidad con que se ha calumniado. Don Basilio se sentiría en casa.



**ANTONIO
LAZCANO
ARAUJO**

La calumnia

Es imposible escuchar *El Barbero de Sevilla* sin recordar las versiones absolutamente delirantes que Bugs Bunny y el Pájaro Loco hicieron de Figaro. Toda ópera bufa incluye varios personajes fascinantes, y otro de ellos es Don Basilio, el sacerdote y maestro de música, que con enorme malevolencia sugiere usar la calumnia para acabar con la reputación del Conde de Almaviva, el rival de amores de su amigo y patrón. Gracias a la música de Gioachino Rossini y al libreto de Cesare Sterbini, Don Basilio describe en forma inigualable cómo crecen y se difunden los infundios. La calumnia, dice, es como “un vientecillo, una brisa muy suave, que en forma imperceptible, sutil, ligera y suavemente, comienza a susurrar”, para luego agregar que “calladita, a ras de tierra, en voz baja, va fluyendo, va zumbando, se introduce hábilmente en los oídos de la gente, y las cabezas y los cerebros aturdece y hace hinchar, y cuando al final sale por la boca se desborda y estalla, se propaga, se redobra y

produce una explosión, como un disparo de cañón, un terremoto, una tormenta, un tumulto generalizado que hace al aire resonar, y el infeliz calumniado envilecido por el azote público podrá sentirse afortunado si muere”.

Ni Rossini ni Sterbini eran matemáticos, pero la manera en la que Don Basilio detalla la propagación de la calumnia es una espléndida descripción musical de lo que llamamos crecimiento exponencial. No importa que esté basada en patrañas y falsedades. Al principio se propaga lentamente, pero de repente crece y se multiplica en forma incontrolable invadiendo con su ponzoña los espacios públicos y personales. Lo mismo ocurre con las epidemias, que desde 1927 se comenzaron a describir con modelos matemáticos. La analogía no pasó desapercibida para el matemático William Goffman y el médico Vaun A. Newill, y en 1964 publicaron en *Nature* un artículo ya clásico en donde afirmaron categóricamente que “la transmisión de ideas en una

población ocurre como si fuera la transmisión de una enfermedad infecciosa, es decir, en términos de un proceso epidémico”. Todo modelo es limitado, pero las premisas, fórmulas y ecuaciones de la epidemiología matemática se han convertido en una herramienta indispensable no solo en la lucha contra las enfermedades sino también en el estudio de la dispersión de calumnias y rumores.

En México se dice difama, que algo queda, sin saber que la frase nos viene de los escritos del extraordinario filósofo y político renacentista Francis Bacon. La calumnia y la difamación siempre han estado presentes en las esferas del poder, pero a partir del sexenio anterior se convirtieron en una parte importante de las confrontaciones políticas, alcanzando niveles nunca vistos gracias a la complicidad de algunos medios y al efecto multiplicador, no siempre espontáneo, de las redes sociales. Promovida desde el púlpito presidencial, la calumnia se incorporó en forma abierta y desfachatada al discurso público nacional



como un elemento de descalificación política y linchamiento moral.

El uso impune y descarado de la calumnia es una de las herencias más perversas que nos dejó la Presidencia de Andrés Manuel López Obrador. No fue el primero. Convencido que las técnicas propagandísticas carecen de ideología, en 1939 Julius Yourman, de la Universidad de Nueva York, desmenuzó la estrategia que habían seguido los nazis para preparar su ascenso y permanencia en el poder. La lista comienza con el uso de injurias y calumnias en contra de los opositores, pero también incluye la promoción demagógica de la camaradería y el bien común, la asignación incuestionable del monopolio de la verdad al dirigente y al partido, el reforzamiento de relatos hipotéticos sobre la pureza étnica de las raíces del pueblo, y la supresión desde el poder de visiones alternativas mediante el engaño y la duplicidad. Suena conocido.

Aunque seas tan casto como el hielo y puro como la nieve, no escaparás de la calumnia, nos previno Shakespeare. Hemos sido testigos de la intensidad envenenada con la que antes de asestar golpes políticos la calumnia se ha usado en contra de instituciones académicas, medios de comunicación, analistas, investigadores, periodistas, científicos, la Suprema Corte de Justicia y el sistema judicial, y los órganos autónomos como el INE y el INAI. Don Basilio se sentiría en casa.